

LA PUERTA DE LA FELICIDAD.

A la puerta de la felicidad llega un hombre en la plenitud de la vida.
Su paso es firme y decidido.
Una fuerza invisible parece atraerlo hacia allí.
Golpea la puerta, fuerte y esperanzado.

Sale el guardián, quien, mirándolo fijo y como extraño, le pregunta: - ¿que desea? -

- ¿ No es esta la puerta de la felicidad?-, pregunta el buen hombre.
- Sí. Esta es la puerta; pero esta no es tu hora.

Nuestro hombre se queda un poco perplejo, desconcertado y sin capacidad de reacción.

Tras unos segundos de vacilación, se sienta en el suelo y queda como pensativo, ensimismado.

Así pasa un largo rato....

Después empieza a mirar a su alrededor curiosamente: la puerta, las ventanas, el edificio...., como si buscara una manera de entrar y de burlar al guardián.

Ninguna solución parece convencerle.

Nervioso, lucha entre el deseo, la duda, la indecisión, hasta que por fin se decide a llamar nuevamente.

- Me dijo usted que esta era, efectivamente, la puerta de la felicidad, pero que no era mi hora.

¿Cuál es pues mi hora?, ¿ qué tengo que hacer?-.

- Mi papel es sólo éste; no puedo decirle más.

Como le parece muro infranqueable intenta abordarlo de otra manera.

Entabla conversación con él, habla de mil cosas, intenta caerle simpático, observa mucho, estudia sus reacciones y puntos flacos... pero nada. No hay solución de enchufe.

Cansado, y sin conseguir nada, se echa en el suelo a pensar, a jugar solo, a cantar, a dormir, ¡ quién sabe si alguna vez, por casualidad, despiste o aprovechando la llegada de otro.... !

Aquello es aburrido, insoportable, pero ¡ qué hacer, cómo irse, si aquella es la puerta de la felicidad, su felicidad!

Pasan meses y años sin más preocupaciones que las de organizar su soledad para que la espera sea lo más agradable posible.

Todo valdrá la pena para cuando llegue la felicidad.

Muy enfermo y envejecido, se ve desfallecer.

Quizá su estado inspira compasión al guardián y lo deje entrar.

Por eso, juntando las últimas fuerzas, se acerca y llama de nuevo, preguntando con su voz ya mortecina:

- ¿Cómo es que, siendo esta la puerta de la felicidad, no ha venido nadie, cuando en el mundo la gente se mata para conseguirla?-.

- Es que cada uno tiene su puerta.

- ¿Entonces, es seguro que ésta es la mía?-.

- Sí. Esta era su puerta,-. Dijo con fuerza el guardián, - ahora la cierro definitivamente .